

LA ALIANZA ENTRE EL CAZADOR Y EL ESTRATEGA

La palabra española “investigación” (la primera y principal de la tríada capitolina “Investigación, desarrollo e innovación” que forma la sigla I+D+i) tiene una etimología ilustre: remite al latín “vestigium”, que significa “huella”. Consiste originariamente en perseguir el rastro de restos enterrados, ocultos, para reconstruir el paradero y la dirección de las presas o de los enemigos y bosquejar una dirección hacia la que avanzar. Al igual que el equivalente utilizado en portugués y algunos ámbitos hispanófonos, “pesquisa”, derivada de “perquiro” (que significa “avanzar registrando sigilosamente”), “in-vestigar” remite por tanto a un paradigma lineal, que progresa paulatinamente hacia una meta perseguida. Curiosamente, la otra gran raíz lingüística ligada a la actividad investigadora, presente en el inglés “research”, el francés “recherche” y el italiano “ricerca”, deriva en cambio del latín “circare”, a su vez evidentemente procedente de “circus”, círculo. En este paradigma tenemos la metáfora del rodeo, del asedio a una fortificación que se quiere expugnar. Se trata de un movimiento envolvente, circular, en torno a un objetivo bien delimitado. La diferencia entre los dos campos semánticos, asociados a la misma actividad, presenta notables diferencias: mientras que el “in-vestigador” propiamente dicho, el cazador o espía que sigue las huellas de la presa o el enemigo, debe actuar normalmente en soledad y con sigilo, en cambio un asedio en solitario no tendría sentido: para sitiar una plaza se necesita una gran tropa así como aparatos de asalto sofisticados y voluminosos. Mientras que el investigador persigue una presa que a su vez se mueve, se oculta, cambia de dirección, y cuya naturaleza meramente se imagina, se adivina, por sus huellas indirectas y gracias a la perspicacia y la experiencia del espía, la ciudad sitiada puede ser identificada, medida, estudiada objetivamente y finalmente asaltada por un conjunto bien organizado de soldados dirigidos por un general experto y que cuente con los recursos económicos suficientes para aguantar el sitio. El olfato es la virtud principal del investigador; el dominio de la técnica y la estrategia militar es indispensable para el sitiador.

La misma diferencia que media entre estas dos actividades puede encontrarse también, *mutatis mutandis*, entre diferentes formas de investigar científicamente en la actualidad. Sería reductivo asociar la primera forma, la del perseguidor solitario de vestigia en movimiento, al ámbito humanístico, y la del

asedio colectivo, organizado y tecnificado al área de las ciencias experimentales (quedando las ciencias sociales en un difícil campo intermedio que las vería, según el paradigma utilizado, avanzar en espiral). No es mi intención establecer comparaciones entre cada paradigma y cada ámbito de conocimiento, sino recalcar que la actividad investigadora presenta numerosas formas y que todas han sido y siguen siendo eficaces, cada una en su ámbito, en el vasto campo de los saberes humanos. Recientemente, sin embargo, la percepción social (e incluso el significado lingüístico) de la investigación y de la ciencia en su conjunto se han visto reducidos a un único campo, el de las disciplinas científicas “duras”. No es sencillo rastrear las causas por las que se ha producido esta progresiva reducción, este estrechamiento de un espectro semántico tan amplio, ni por qué en países como España se contraponen las letras a las ciencias, mientras que en otro como Alemania el núcleo científico está igualmente presente en lo que se define “Ciencias del espíritu” (“Geistwissenschaften”) y “Ciencias de la naturaleza” (“Naturwissenschaften”).

Sea como fuere, las humanidades, y en menor medida las ciencias sociales, se han visto de algún modo apartadas del discurso hegemónico sobre la I+d+i. En vez de erigir un potente discurso alternativo, en vez de dignificar su carácter altamente científico (por su historia prestigiosa, por su fundamentación rigurosa, por su respeto a la precisión terminológica, por sus descubrimientos y avances mediante verificaciones y refutaciones), los investigadores en estas disciplinas no han sabido reaccionar. Han asumido pasivamente la imposición de categorías axiológicas que les eran ajenas y han empezado a jugar en desventaja. Han aceptado que no es posible ni deseable hacer ciencia en solitario y han sido evaluados en su práctica investigadora por su índice de impacto (en cómputos impuestos desde otras áreas, por lo que grandes monografías y ediciones críticas cuentan mucho menos que un simple artículo) y por su capacidad de captación de fondos. Asimismo, han visto juzgados sus resultados de transferencia a la sociedad casi únicamente en base al registro de patentes. Han importado en sus publicaciones usos lingüísticos y de citación cruzada y compulsiva que no les eran propios. Han rebautizado sus seminarios y grupos de debate como “laboratorios”, y sus clases han incorporado inmediatamente las “prácticas”.

Hoy en día, estos perseguidores furtivos de huellas son evaluados (institucional y socialmente) por su capacidad de asediar ciudades. Tienen tan interiorizada la discrepancia entre sus formas tradicionales de investigar y la concepción hegemónica a partir de la que se les juzga que tienen dificultades para responder a la pregunta, cada vez más frecuente: “¿pero cómo es posible y qué significa investigar en humanidades?”. Han interiorizado que es ridículo comparar el esfuerzo realizado en polvorientos archivos y remotas excavaciones al que se lleva a cabo en flamantes y equipados laboratorios. Si se les pregunta cuál es el impacto de sus investigaciones en la sociedad, a menudo renuncian ya a explicar que hallazgos históricos o filológicos, conceptualizaciones filosóficas o estudios lingüísticos han tenido y siguen teniendo repercusiones radicales en el desarrollo económico y social, en todas las ideologías políticas y más en general en las visiones que los seres humanos tienen de sí mismos como individuos o grupos.

Esta reducción y simplificación del campo semántico ligado a la investigación y la ciencia sería grave ya de por sí, si sólo afectara al campo de las humanidades. Pero lo que a menudo no se acierta a ver es que también tiene repercusiones negativas sobre el ámbito teóricamente vencedor, el de las ciencias experimentales y las ingenierías. Y ello no sólo porque las ciencias necesitan una base humanística, ética e histórica que las oriente y las complemente tanto en la enseñanza como en la investigación. También porque esta reducción semántica está afectando negativamente a la investigación fundamental, básica, de cariz fundamentalmente teórico, que en toda ciencia experimental debe preceder a la aplicación práctica de los hallazgos. Ante gran parte de la sociedad y de los agentes financiadores (en especial los públicos, pero también los privados) se ha impuesto una mentalidad cortoplacista, que evalúa la I+D+i en base a sus resultados rápida y directamente aplicables, patentables y consumibles. El medicamento que cura el cáncer, el coche sin conductor, la potabilizadora de agua en condiciones extremas son los casos más fácilmente comunicables a la sociedad por parte de la prensa y los políticos, pero para llegar a ellos es necesario una gran cantidad de investigación básica, a menudo fallida y anónima; un tipo de ciencia que hoy recibe cada vez menos reconocimiento social y, lo que es peor, una menor financiación.

España constituye uno de los ejemplos más claros de esta tendencia en la reputación (y la financiación) del sistema de I+D+i en todas las áreas, y especialmente, por ahora, en humanidades y cien-

cias sociales. El “Índice de Innovación” (término que subsume significativamente dentro de sí el de “investigación”, de tal manera que parece invertirse el orden entre mayúsculas y minúsculas de la mencionada tríada capitolina) elaborado anualmente por la Unión Europea, muestra desde 2013 una caída en picado de los resultados de nuestra ciencia, particularmente en el apartado de innovación y transferencia (léase reductivamente: patentes). Hemos caído al puesto 19 entre los 28 Estados miembros, y si se evalúa solo la calidad del sistema de investigación estamos en el puesto 13, también por debajo de la media de la Unión. Ninguna universidad española aparece de manera estable entre las 200 mejores del mundo en los mayores rankings internacionales (Times, QS, Shanghái), con gran revuelo periodístico y escándalo social. Es preciso hacer algo. Pero lo que se nos propone no es algo para mejorar la calidad de nuestra investigación y de nuestras universidades, sino algo para subir en los rankings. La herramienta de medición, el instrumento, se ha vuelto el fin mismo. El oligopolio de los grandes rankings de publicaciones y universidades es tan poderoso como lo son, en el campo económico, las agencias de *rating*. Han triunfado la consideración meramente cuantitativa de la ciencia y la absoluta preponderancia de la lógica empresarial (y electoral) del resultado y de la aplicación inmediata. Es bien conocido y muy significativo que las funciones del anterior Ministerio de Ciencia e Innovación han pasado al de Economía y Competitividad. También a nivel internacional se generan preocupantes aberraciones: ya hay consorcios de Universidades que deciden evaluarse entre sí positivamente en los rankings y citarse en los artículos de forma cruzada simplemente para subir puestos en las clasificaciones, al margen de toda consideración verdaderamente científica.

Ante el triunfo de este paradigma, es preciso reivindicar la interconexión profunda entre ciencia básica, aplicación técnica y transferencia (*in primis*, mediante la enseñanza) que desde siempre ha caracterizado la esencia de las universidades y de otros organismos de investigación. También es necesario dignificar y financiar adecuadamente las diferentes formas de concebir la ciencia y de investigar: en grupo o en solitario, en humanidades o en ingeniería, en el sector público y en el privado. Pero, para ello, es preciso que el cazador y el estratega lleguen a un acuerdo: el enemigo que les acecha, desgraciadamente, es el mismo.

Valerio Rocco Lozano

Vicedecano de Investigación y Transferencia del Conocimiento, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid